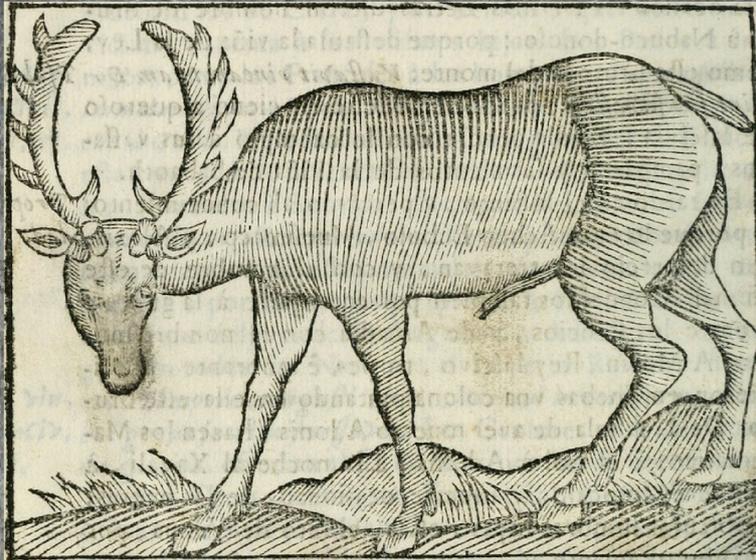


Fieras y Santos y otros microrrelatos Parte 1

Gaspar Gutman



Fieras y Santos

GASPAR GUTMAN

Capítulo 1

RELATOS DE FIERAS Y SANTOS

Proximamente parte 2

La cuna de los ancestros

Tras la pantalla de cristal puede verse, como el mundo es azotado por la furia invisible. Los árboles se inclinan ante tal ostentoso capricho, ante el cortante silbido y el empuje constante. Pero en el interior de la casa el viento muere. Pequeños universos donde se gesta el calor y el hombre se encierra. Sin embargo, el hombre comprende, cuando al salir y ver su sombrero salir volando, reposando en los colchones del viento, que aunque la naturaleza choque contra las paredes, la cuna de sus ancestros siempre lo rodea, como reino de paz o furia invisible.

Fieras y Santos

El búho observa, mientras las sombras festejan la huida de un sol extinguiéndose, el dorado legado del otoño. La luna baña de blanco la llanura, y baila al melancólico compás de un aullido lejano. Ha transitado el búho sobre pueblos y montes, ha observado árboles que presumen verdes coronas, y otros que se tuercen sobre su desgracia. Ha visto a mujeres con sus bebés en brazos, y niños llorando desgracias propias y ajenas. Su plumaje está bañado en cenizas, tal vez de un incendio que se gestaba en el bosque, o de aquel poblado que arde ante la marcha de las botas militares. Y si la naturaleza es un péndulo de risas y llantos, el hombre también lo es. Se viste de fiera y de santo. A veces crea belleza. De hecho, una mujer está ahora pintando un cuadro. En este hay un búho, observando la luna, observando el otoño.

Resplandores Blancos

El gran manto blanco reflejaba, ostentoso por su pureza, la cuna del calor y la vida. Trozos de nube revoloteaban desde arriba, tiñendo de rocío el cuidadoso bordado del plumaje de un gorrion. Que posado en una rama, sobre nieve y bajo el sol, acompaña al viento con un melancólico silbido. Este, receloso, agita su cabeza, observando los contornos oscuros que se

ciernen entre los arboles. Una agil sombra se infiltra entre los troncos viejos, impregnando pequeños legados en forma de huella sobre la alfombra brillante. Gigantescos cumulos oscuros tiñen la palidez del suelo, y el agil animal serpentea zigzagueante. Aparece como cortante rayo de luz, y se desvanece como niebla en la noche.

Un conejo blanco observa el epicentro de luz, y las grandes llamaradas tras los montes. Huyendo para dar paso a implacables resplandores blancos y brillantes. Pero todos los animales huyen, al sonar el agonico llanto del mosquete. Este ser impregna huellas vulgares, y ahuyenta los arboles con sus sonidos. El gorrion debe ser precavido. Las fieras se convierten en gotas de agua, se filtran entre los arboles, cuando estos seres antropomorfos aparecen. Visten tunicas brillantes, y portan cañonen humeantes.

Debe ser precavido, el gorrion. Volara donde alguna rama le sirva de sustento, donde la luna le lance miradas frias miradas. Para luego ser abrazado por el fuego del naranja tras los montes. Ira a trinar donde nadie lo tape.

Antropoides y Candelabros

El candelabro se mecia en una terrible cancion de cuna, mientras lugures silbidos suenan como sollosos, infiltrandose por la ventana ennegrecida y fluyendo por las cortinas danzantes. Max veia hacia adelante con el alma desorbitada. Lo que mas temia se encontraba frente a el. El pasillo a su espalda parece ennegrecerse, y mientras las luces fallecen en su desgracia, algo parece aproximarse. Sin embargo, Max se da cuenta que lo que veia y temia, era aquello que no estaba alli. Pero que nunca debia estar. Le temia a aquello que nuestros hermanos padecen, aquello que se gesta en otros antropoides. Y sintiendose mas humano que nunca, en especial por eludir aquello que se pega a aquellos, dejo de mirarse en el espejo.

Penas y Dichas

Como espejos del sol naciente, las pequeñas llamas anaranjadas caen de los árboles, tiñendo el mundo con un manto anaranjado. Es el viento que hace danzar a las hojas con su silbido, el que será luego responsable de implacables heladas. El óleo del cielo se divide en distintos mundos, a veces otoño de fuego, a veces de fríos silbidos y noches invernales. En ambos existimos nosotros, transitando penas y dichas.

Seudonido: Arthur Orwell

